

JOSÉ DE LA COLINA

De libertades
fantasmas
o de la literatura como
juego





José de la Colina, 2008. Foto: Francisco Daniel / Procesofoto / DF

José de la Colina, narrador y ensayista (nacido en 1934 en Santander, España; mexicano desde 1941), ha colaborado en las principales publicaciones culturales del país: *La Cultura en México*, *México en la Cultura*, *Revista de la Universidad*, *Plural*, *Vuelta*, *Letras Libres*, etc. Ha sido director de *El Semanario Cultural de Novedades* y guionista de cine. Es miembro del Sistema Nacional de Creadores de Arte. Ha recibido el Premio Nacional de Periodismo Cultural, el Fernando Benítez de la Feria Internacional de Guadalajara y, en 2014, el Xavier Villaurrutia de Escritores para Escritores (por *De libertades fantasmas o de la literatura como juego*). Sus obras narrativas han sido reunidas, casi en su totalidad, en *Traer a cuento* (FCE, 2004), y sus ensayos, en *Miradas al cine*, *Viajes narrados* y *Libertades imaginarias* (Premio Mazatlán, 2002).

LETRAS MEXICANAS

**De libertades fantasmas
o de la literatura como juego**

JOSÉ DE LA COLINA

De libertades fantasmas o de la literatura como juego



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

Primera edición, 2013
Primera reimposición, 2014

[Primera edición en libro electrónico, 2014]

Colina, José de la

De libertades fantasmas o de la literatura como juego / José de la Colina. — México : FCE, 2013

304 p. ; 23 × 17 cm — (Colec. Letras Mexicanas)

ISBN 978-607-16-1643-2

1. Ensayos 2. Literatura mexicana – Siglo xx I. Ser. II. t.

LC PQ7297

Dewey M864 C237d

D. R. © 2013, Fondo de Cultura Económica
Carretera Picacho-Ajusco, 227; 14738 Ciudad de México
www.fondodeculturaeconomica.com

Diseño de portada: Teresa Guzmán Romero

Comentarios: editorial@fondodeculturaeconomica.com
Tel.: 55 5227 4672

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, sea cual fuere el medio, sin la anuencia por escrito del titular de los derechos.

ISBN 978-607-16-1643-2 (rústico)

ISBN 978-607-16-1852-8 (electrónico-epub)

ISBN 978-607-16-1909-9 (electrónico-mobi)

ISBN 978-607-16-4573-9 (electrónico-pdf)

Hecho en México • *Made in Mexico*

ÍNDICE

<i>Al lector (si lo hay)</i>	9
La Penúltima de Mallarmé	10
Snoopy, el Escritor	13
La flor del desvelo	16
<i>Noctium phantasmata</i>	18
Entrevista de José de la Colina con José de la Colina	20
¿Sherlock en carne y hueso?	28
El metódico soñador Hervey de Saint-Denis	31
La cajita de música	33
Manual de la lengua	36
El arte de Sheherezada	37
De libros fantasmas	43
La explosión bibliográfica	43
Aquí aparecen los libros fantasmas	45
El libro que desenmascaró a Said de Bagdad	47
El <i>Quijote</i> árabigo	47
El libro que lee Hamlet	49
La persona de Porlock llama a la puerta	50
Entra el Árabe Loco	54
Acercamiento a <i>El acercamiento a Almotásim</i>	57
Nabokov/Knight	60
Arreola, Flores y Büssenhausen	61
Y como conclusión	63
Historia casi universal de la adivinanza	64
Los incipits	81
Los otros Quijotes de Cervantes	89
El hombre “de cristal”	89
El viejo soldado galán	90

El bachiller quijotizado	90
... Y don Miguel mismo	91
El <i>Persiles</i> : el juego de Cervantes al final del camino	92
Ramón, o el juego con el mundo	100
Cri Cri o la fiesta del mundo	105
De Gabilondo al <i>Grillo Cantor</i>	105
Apuntes para un diccionario de Cri Cri	109
¿Quién?	115
La invención de Pinocho	116
Del arte de la dedicatoria	127
Desarrollos	132
De anagramas y palindromas	134
“Todo será posible menos llamarse Carlos”	140
El contratexto y el texto definicional	143
Traducción a contratexto	144
Texto definicional	144
Georgina Hübner, novia fantasma	146
Apuntes hacia una teoría de S. E., o del escritor como El Escritor	150
Gregorio Samsa en 12 versiones	156
Lo que Hipnos me dictó	161
Del tartamudeo como arte	162
La canción mexicana de Li Po	165
Pistolas de sombra, pistolas soñadas	169
El gato, el puente, la luna	171
Eros / Gato (Tema / variaciones / pastiche)	174
Aclaraciones	174
Tema	174
Variaciones	174
El mirón Miret	182
La comedia poética de Gerardo Deniz	188
Don Juan, es decir Drácula	192
Tabladurías	196
Los cursis, las cursis y lo cursi bueno o malo	199
Sinopsis histórico-etimológica	200
Las mejillas y las rosas	201
Kitsch, camp, cursi	202
Envío	203

• **Al lector (si lo hay)**

LECTOR, tal vez tú como yo has deseado encontrar, entre los muchos libros acerca de las literaturas, uno que, desdeñando ponerse el uniforme de un tratado, una preceptiva, un texto crítico o un discurso académico, fuese como una charla de amigos y hablara de aquellos asuntos y aspectos literarios marginales o poco serios o generalmente considerados menores o de juego.

Hasta donde yo sé, un libro así no existe, por lo menos en las letras de habla castellana, y tarde o temprano debería aparecer. No es que yo me haya puesto a tal obra, pero, habiendo escrito al azar de mi trabajo en el periodismo cultural, y siempre con espíritu de juego, innumerables ensayos y artículos para diversas publicaciones, el libro fue saliendo como por su propio deseo.

Antes “de irme de esta página” y entrar en las que vienen, creo necesario aclarar el título. En alguna página de Marx, de aquellas que no frecuentaban los alegres marxistas (para no perder su religión), ni los graves grouchomarxistas (para no perder su *sense of humour*), se dice que el hombre vive en el Reino de la Necesidad y aspira a pasar al Reino de la Libertad. Yo, disculpándome con Karl, que tal vez creyó que tal paraíso arribaría algún día gracias a la lucha de clases, y solicitando el permiso de Groucho, que quizá tiene patentado el país Freedonia, no creo que ese superior reino pueda tener una realidad concreta, pero sí es posible que exista en la imaginación, como un reino fantasma. Cuando Cervantes intuye el *Quijote* en la cárcel, cuando cualquier prisionero improvisa cantando una canción de amor o de burla, entran en el reino de la libertad, es decir: ejercen las libertades fantasmas.

Quizá no existen otras.

La Penúltima de Mallarmé



RELEYENDO el libro de Antonio Alatorre *Los 1 001 años de la lengua española*, un párrafo me suscita el eco de otra lectura: “Se puede formular una ‘regla’ según la cual las vocales germánicas de los esdrújulos clásicos se volatilizan en el latín vulgar de España, y aún más en el de Francia (alguien ha hablado humorísticamente de la ‘tragedia’ de la penúltima)”.

La “tragedia de la penúltima” algo me recuerda... Ah, sí: ¡La Penúltima ha muerto! ¿En dónde? En un poema en prosa de Stéphane Mallarmé con dos títulos: *La Pénultième* y *Le Démon de l’analogie*. Ese texto adelantado al surrealismo, ya con cierta belleza maldororiana, con azar objetivo y asociación de realidades muy distantes, atraía a Verlaine y sería denostado por los *literatti* de la Rive Gauche; uno de ellos, Gustave Kahn, comentaba: “la Penúltima era entonces el *nec plus ultra* de lo incomprensible, el Chimborazo de lo intragable, un rompecabezas chino”. (¿El Chimborazo, que con sus 6 310 metros es hermano menor del Everest, orgulloso de sus 8 000 metros? Tal vez el tal Kahn, pero no Kublah, tenía algún sentido musical y se impresionó él mismo con el sonido de tamborazo de ese nombre geográfico.)

En el mallarmiano *prosema* narrativo, el protagonista (quizá Mallarmé mismo) va por la calle oyendo y susurrando obsesivamente los “jirones malditos de una frase absurda”: *La Pénultième est morte !*, y prolongándola en variantes: “La Penúltima ha muerto, está muerta, está del todo muerta, la desesperada Penúltima”.

Pensando en una posible relación entre el fenómeno lingüístico anotado por Alatorre: la tragedia de una vocal o una sílaba fallecida en el tránsito del latín culto al latín vulgar, y en el *leitmotiv* al parecer absurdo del poema de Mallarmé, busqué en mi biblioteca (ese lovecraftiano caos reptante) las obras completas del susodicho, edición de La Pléiade, NRF, Gallimard, y (previsiblemente) no las encontré. Entonces telefoneé al poeta y erudito Gerardo Deniz.

—*La Pénultième est morte* —le dije.

—*Requiescat in pace* —me respondió.

Después de este incipit prometedor de un diálogo cosmolingüe, hubo desde el otro lado de la línea un silencio en el cual lejanos ruidos parásitos casi abolieron un leve, fantasmal maullido de Koshka.

—Bien ¿y? —dijo Deniz.

—Nada —dije—; ya he resuelto el misterio del demonio de la Analogía.

—Felicitaciones. Pero ¿el de cuál demonio? ¿El del Nautilus?

Deniz se refería a un demonio de la analogía de raza común situado por él en la cubierta del verniano submarino Nautilus y en un momento de su extenso poema *20 mil lugares bajo las madres*: “Por las tardes, la Analogía saca su demonio a orinar sobre cubierta”.

—No, el original, el de Mallarmé...

—Ah, bueno, ¿de Mallarmé? Me alarmé, temí fuese el mío que ya hubiera muerto de repleción de la vejiga. Y bien... ¿algo pasa con el demonio del faunito Stéphane?

Le hablé del dato encontrado en Alatorre, de la vocal o sílaba penúltima que desapareció en cuanto los franceses y los españoles decidieron dar más velocidad a su habla y no cargar con toda la impedimenta de los esdrújulos latinos... etcétera. Un etcétera que abarcó muchas de las cosas por Deniz muy sabidas, y él, con la incrédula denicidad que lo distingue, me dijo que quién sabe, que acaso se trata nada más de una coincidencia, que lo disculpase si colgaba, pero es que Koshka estaba afilándose las uñas en un ejemplar de *Vuelta*...

Me quedé como un cohete con la pólvora mojada. Pero le había asestado el demoniaco prurito, y, tras dos días de rascarse la cabeza (metafóricamente hablando), me habló él:

—Ya releí *Le Démon de l'analogie* y, sí, en una parte se habla de sílabas y hasta de lingüística. ¿Y?

—Ahí está, ya ves, yo tenía razón, ya se aclaró el secreto de esa oscura Penúltima: es la vocal o sílaba que murió en las palabras esdrújulas cuando el latín encalló, y se encanalló, en los labios vulgares del vulgo.

Deniz sólo emitió una larga sílaba difícil de grafiar. Tal vez dijo un nuevo ¿y? para expresar su escepticismo acerca de la importancia de mi “descubrimiento”. Y después de un largo y cobarde silencio mío y de intercambiar saludos de despedida para nuestras gatas, Koshka y Polvorilla, concluimos la conferencia telefónica.

Unos días después el *Mallarmé-Pléiade* se hizo el contradizo, leí el poema y hallé que el Mallarmé mismo adelantaba la explicación: “La penúltima es el término del léxico que significa la antepenúltima sílaba de los vocablos, y su

aparición (es) el resto mal abjurado de una labor lingüística por la cual cotidianamente solloza al interrumpirse mi noble facultad poética”.

(Un ejemplo de mi parte: Natividad = Navidad.)

El final del poema queda suspendido sobre el encuentro callejero de la vitrina de una polvorienta tienda de laúdes, donde además de viejos instrumentos musicales hay amarillentas palmeras y disecados pájaros antiguos.

Una frase y una imagen se habían convertido en misteriosos vasos comunicantes. La erudición mallarmiana había entrado en juego con la deniciara, y si en un tiro de dados no había abolido el azar, sí había puesto en el tapete un poema.

• Snoopy, el Escritor

ÍNCIPIT es una palabra derivada del latín que significa “empieza”. Suele aplicarse a la frase u oración con que se inicia un texto del género que sea: novela o ensayo o poema u obra teatral o tratado o discurso solemne... *as you like it*. En 1979 el admirable escritor Italo Calvino, italiano como su primer nombre lo delata, y autor de *El barón rampante*, *El vizconde demediado*, *El caballero inexistente*, *Las ciudades invisibles*, *Las cósmicas* y otras obras indicativas de una tan lúdica como rigurosa imaginación, publicó, bajo el sugerente título de *Si una noche de invierno un viajero*, un libro dizque propuesto como novela pero que en realidad es todo él, con sus 270 páginas de la edición española (Bruguera, 1980), un extenso incipit, digamos un incipit hecho de incipits un poco a la manera de la genial *Vida y opiniones del caballero Tristram Shandy*, de Laurence Sterne, obra que una y otra vez comienza y recomienza sin querer llegar a su final... que es el nacimiento del personaje “biografiado”.

En la página 172 de las 252 de la edición española de *Se una notte d'inverno un viaggiatore* (hay que saborear ese afortunadísimo título diciéndolo en su lengua original), Calvino convocó a quien por gracia del historietista norteamericano Charles Monroe Schulz quizá habrá sido en la segunda mitad del siglo xx, y hasta ahora, el animal más célebre del mundo: el inteligente y simpático perrito Snoopy, que además de soñarse como un formidable aviador de la primera Guerra Mundial apodado *el Barón Rojo* o una especie de galán romántico al modo de Rodolfo Valentino (entre muchos personajes más), tiene una heroica vocación de escritor, pues instalado en el filo del techo de dos aguas de su caseta, y acompañado del angelical pajarito Woodstock (que suele piar signos de admiración y puntos suspensivos en el filacterio: el globito con pico que indica el habla del personaje), constantemente teclea en una maquinilla de escribir las solas, las invariables, las convencionales, las trilladas y a la vez incitantes palabras con las que se iniciaría una novela de misterio:

En la pared de enfrente de mi mesa —dice el autor [¿quién?, ¿el escritor Calvino, o el novelista por él imaginado?]— he colgado un póster que me han regalado. Está el perrito Snoopy sentado ante la máquina de escribir y en el globito con letrero se lee la frase *Era una noche oscura y tormentosa...* Cada vez que me siento aquí leo “Era una noche oscura y tormentosa”, y la impersonalidad de ese íncipit parece abrir el paso de un mundo a otro, del espacio y el tiempo de aquí y ahora al tiempo y el espacio de la página escrita. Siento la exaltación de un comienzo al que podrán seguir desarrollos múltiples, inagotables [...] y me doy también cuenta de que ese perro mitómano nunca logrará añadir a las seis primeras palabras otras seis u otras doce sin romper el encanto. La facilidad de la entrada en otro mundo es una ilusión: uno se lanza a escribir anticipándose a la felicidad de una futura lectura, y el vacío se abre en el papel en blanco.

Me disculpo por cita tan larga, pero la he creído necesaria porque no sólo ese párrafo daría voluntaria o involuntariamente el sentido, la razón de ser, la teoría de la bella aventura literaria que es la novela de Calvino (la novela como una perpetuamente tejida, destejida y retejida tela de Penélope), sino porque arroja luz sobre ese ícono, ese dibujo, ese, a final de cuentas, personaje entrañable: Snoopy, el perro que se sueña escritor, y por tanto se desea humano, es decir que es un soñador irremediable, “un ser de lejanías”, como decía Ortega y Gasset (creo que después de Heidegger).

Snoopy, heroicamente castigándose el trasero a caballo sobre el filo central del techo de su caseta, resulta así el ícono emblemático del escritor. En su reincidente intento de hacer vivir mediante las palabras a seres, actos, gestos, historias que son cosas mentales e imaginadas, el perrito vive en ese momento el drama del novelista, del dramaturgo, del poeta, del creador literario siempre en actitud de recomenzar su “tela de Penélope” en la que pretende dar a leer, a ver, el *Andere Seite*: el otro lado del tapiz de la realidad.

Espero que no parezca muy delirante mi interpretación del ícono de Snoopy como novelista. Ese perrito shulziano, frecuentemente aquejado por el síndrome de “la danza que sueña la tortuga” (Federico García Lorca *dixit*), y poseído por el deseo de vivir varias formas de ser en varios personajes, es un auténtico paradigma de escritor. En principio, Schulz ofrece una chispa de “intertextualidad”. Las palabras a la vez triviales y muy sugerentes que Snoopy infinitamente escribe y reescribe: “Era una noche oscura y tormentosa...”, el historietista las tomó del muy convencional y folletinesco novelón *Los últimos días de Pompeya*, realmente escrito y publicado por un autor realmente existente: Edward George Bulwer-Lytton (1803-1873), quien, igual que si

fuese un grande de las letras (que no lo es), habrá conocido el drama del atrevimiento al íncipit, de la vacilación ante la primera frase que, dictada por la imaginación, hay que poner en el papel (o, ahora, en la pantalla de plasma). Es un drama que el poeta y novelista Louis Aragon, en su libro *Nunca aprendí a escribir, o los íncipit* (1969), supo narrar y describir perfectamente: “Para mí, la frase surgida (¿dictada?) de la que parto hacia algo que será la novela, en el sentido ilimitado de la palabra, tiene ese carácter de encrucijada, si no entre el vicio y la virtud, al menos entre callarse y decir, entre la vida y la muerte, entre la creación y la esterilidad”.

Así, Snoopy está por siempre comenzando a escribir la realidad como no es, como acaso quisiera que fuese, mientras el pajarillo Woodstock exclama los signos de admiración que le merece el amigo que intenta escribir una historia en el reverso de la Historia...

La flor del desvelo



CUALQUIER frase oída al azar, emitida por alguien que conversando con otro pasa por la calle, o captada casualmente en el periódico leído por un viajero vecino en el Metro, o recordada de un sueño revuelto y equívoco como suelen ser los sueños, u oída de una película hablada en una lengua ignorada por nosotros, puede producirnos una expansiva, vertiginosa onda de ideas e imágenes, de analogías y recuerdos, de pensamientos y ensueños que, girando en un movimiento de espiral, excitará la memoria y la fantasía, del mismo modo que a Leonardo, según dice en su *Tratado de la pintura*, las formas que tomaban las nubes o las manchas puestas por la humedad y el tiempo en los muros le sugerían formas y asuntos para sus obras pictóricas, o de la manera en que a Rimbaud un frívolo título de vulgar vodevil leído en un cartel callejero podía causarle escalofríos de espanto. Para no ir más lejos, un poeta coetáneo nuestro, Gerardo Deniz, cuando era niño y en un momento de la zarzuela *La verbena de la paloma* oía a una madre decir que su niño no puede dormir porque hace un calor arriba que sale fuego de la pared, entendía eso literalmente e imaginaba una escena atroz, quizá (imagino yo) una infernal habitación que era un horno donde un niño se quemaba en una real llamarada. De mi parte recuerdo que, también siendo niño, cuando mi madre le decía a mi padre: “Jenaro, ¡cuidado con la úlcera!”, yo imaginaba a la tal Úlcera como una bailarina de turbias, turbulentas congas en los lascivos teatros nocturnos que acaso don Jenaro frecuentaba a escondidas.

Es que en cuanto nos descuidamos (¡saludo al doctor Freud!) el subconsciente se apodera de nuestra razón dormida, y pone a las palabras a significar distinto de lo que se supone que están obligadas a significar.

Todos sabemos que el desvelo o el semisueño suelen provocar una alquimia mental que a su vez provoca una alquimia verbal, y viceversa. Puede ocurrir entonces que al escritor desvelado se le ocurran ideas geniales, desvergonzada ilusión que el alba viene a desvanecer con su fría y filosa luz crítica. Esto nos pasa, sobre todo, a escritores de inspiración pobre y mansueta en

cuanto transgredimos la frontera de la vigilia, pero hay escritores trasnochados a los que el desvelo les aprovecha. A unos y otros nos ocurre a veces que las palabras nos sorprendan con un giro súbito, desplazador de su común significado. Lo cual puede suceder tanto cuando escribimos como cuando leemos. Y vaya otro ejemplo vivido por mí.

Una desvelada noche de hace ¿cuántos años? me hallaba muy fatigado transcribiendo a máquina (de escribir) una página del libro *El circo* para una antología de Ramón Gómez de la Serna, y apareció el párrafo siguiente: “Miramos demasiado a las piernas de la trapecista, ¡oh, ofendiéndola!, y nos fijamos en sus muslos mórbidos”. Seguía leyendo de largo cuando de pronto tuve que retroceder hacia esa palabra: *ofendiéndola*. ¿Qué era una *ofendiéndola*? ¿La péndola dorada de un gran reloj barroco, una exótica flor de belleza abigarrada, una mariposa danzante en un verano embriagador, el nombre de la figurina bailarina de una cajita de música? El pensamiento empezó a fosforescerme en una *mise-en-scène* que erigía cierta ondulante y profusa decoración selvática o mobiliaria, exquisitamente operática o balletística, en medio de la cual la *ofendiéndola* coruscaba con una luz de bisel de espejo. Acudí al diccionario, a una enciclopedia, a lexicones (que, con perdón, así se llaman) pero, pasando semidormido por el verbo ofender, no obtuve sino silencio sobre tal sustantivo, y me fui a mal dormir, con el espíritu poblado de ofendiéndolas offenbachianas en un paisaje como de algún cuadro de Max Ernst en que lo vegetal, lo animal y lo mineral se entretejen en una alucinante promiscuidad.

Y semidormí todo el resto de la noche.

Cuando al día siguiente, tras el frío duchazo, tras la taza de café, estimulantes de la lucidez, visité de nuevo la página de Gómez de la Serna, hubo un clic en mi mente y el significado de la palabra dejó de estar obturado... ¡Pero, claro: ofendiéndola! No un sustantivo, sino gerundio de *ofender*, en modo de enclítico; me puse un dedo en la frente, luego dos, luego tres, luego todos los de una mano (modo que según Lichtenberg y Botón Rompetacones ayuda a pensar) y reflexioné. Deduje entonces que si la palabra me sorprendió se debía en parte al desvelo, a la fatiga, y en parte a la sintaxis de Gómez de la Serna, que me permitieron resbalar desde el significado real de la palabra hacia otro supuesto y fascinante.

Enigma aclarado. ¿Pero necesito decir que tras esa aclaración me sentí defraudado, robado, despojado de esa maravillosa, aromática, exótica *ofendiéndola*, flor o mujer o elfa que quizá habita, multicolor, espléndida, lujosa, lujuriosa, en un jardín musical de Offenbach, o en una hipnótica pintura de Ernst?

Noctium phantasmata



A OCTAVIO PAZ y Marie-Jo, a María y a mí, don Luis Buñuel nos había invitado a cenar en su casa de la Cerrada de Félix Cuevas. En la sobremesa la conversación trataba de la actitud del cristianismo ante los “poderes oníricos”.

—Lo extraño —había dicho Octavio— es que si la Biblia desborda de sueños, en los Evangelios no se registra ninguno de Cristo. En uno de sus libros Julien Gracq dice que Breton calificaba a Jesús como un “no-soñador definitivo”.

—Es verdad —dijo don Luis—. El cristianismo y más aún el catolicismo están *contra* los sueños. En el *Breviario latino* que de muchacho casi me aprendí de memoria (porque quería que mi padre me enviara a la Schola Cantorum) hay un himno famoso: el que comienza *Te lucis ante terminum*.

—¡Magnífico! —dijo Octavio—. *Te lucis ante terminum*: “Antes de que finalice el día...”

Todos le pedimos a Buñuel que cantara el himno.

—No —dijo Buñuel riendo—. Yo recuerdo bien las dos primeras estrofas en las que se pide la protección de Dios contra los sueños, porque los sueños llevan a la lujuria, a la polución nocturna, y abren la puerta al Demonio. Pero no me pidan que las cante, con esta voz incivil mía...

—Una voz magnífica para el latín —dijo Octavio—. Hubieras sido un divo del púlpito.

—*N'èxagerons rien !* —dijo Jeanne de Buñuel.

—Ah, *oui, oui !* —dijo Marie-Jo de Paz—. *Une voix magnifique !*

Don Luis recitó con un tono alto y a la vez hondo que tanto valdría para la prédica como para cantar una jota aragonesa:

*Te lucis ante terminum,
Rerum Creator, poscimus,
Ut pro tua clementia
Sis praesul et custodia.*

*Procul recedant somnia,
Et noctium phantasmata;
Hostemque nostrum comprime,
Ne pollutantur corpora.*

Le aplaudimos, y le pedimos que tradujera. Don Luis tradujo con ayuda de Octavio, y yo apuntaba en una libretita:

Antes de que termine la luz del día
te pedimos, Creador de todas las cosas,
que con tu clemencia
nos asistas y custodies.

Aleja de nosotros los sueños
y los nocturnos fantasmas;
líbranos de nuestros enemigos,
para que no manchen nuestros cuerpos.

—Sí —dijo Octavio—. *Noctium phantasmata*. Es Freud antes de Freud. Los fantasmas del deseo, la emisión involuntaria del semen durante el sueño, la polución nocturna...

—Yo me había propuesto —dijo Buñuel— meter ese verso: *Te lucis ante terminum*, como un letrero de *La Edad de Oro*, y no recuerdo ahora por qué no lo hice. Para mí sonaba como un famoso letrero del *Nosferatu* de Murnau: “Pasado el puente, los fantasmas llegaron a su encuentro”.

—*Te lucis ante terminum* y “Pasado el puente, los fantasmas vinieron a su encuentro” —dijo Octavio—. Magnífico.

Y estaba ocurriendo algo que se hubiera dicho que obedecía al conjuro del asunto conversado: por debajo de la mesa tanto León, el perrito blanqui-negro de don Luis, y una gata amarilla, que no recuerdo cómo se llamaba, competían en restregarse tierna y lujuriosamente contra las pantorrillas de todos nosotros.

(Por llevarse un recuerdo concreto, María se robó una vacía cajita de lámina con la blanquiazul marca de cigarrillos Gitanes Blue, los preferidos de Buñuel.)